

La larga sombra de un niño.

Desde que arrancara hace poco menos de dos años, la Asociación Pablo Ugarte, la ya popular APU, ha ido ganando socios y simpatizantes hasta instalarse en los generosos corazones de miles de personas dentro y fuera de nuestras fronteras. Hoy la APU aparece en numerosos medios de comunicación y recauda decenas de miles de euros para luchar contra la lacra del cáncer infantil. Es el emocionante contrapeso a la vida de un niño, quebrada por tan terrible enfermedad a la inocente edad de 10 años.

Pablo Ugarte Zarco, Pablete, nació en enero de 2000 en el Puerto de Santa María y creció en el barrio de El Manantial hasta que con seis años y siguiendo los avatares profesionales de su padre, oficial de la Armada, marchó a Cartagena, donde vivió hasta los 9, cuando, ya enfermo, marchó a vivir a Colmenar Viejo, en Madrid. Cuando se le detectó el Sarcoma de Ewing, un tipo de cáncer muy destructivo con un 40% de mortalidad, Pablete era un niño de ocho años tocado con ese don que da la inocencia a tan párvula edad: un niño alegre, curioso, risueño, amable, lleno de bondad y mucho más responsable de lo que le correspondía por su edad, como si un sexto sentido le advirtiese que iba a tener poco tiempo para desarrollar esa virtud. Pero si hay una faceta que Pablete desarrolló en toda su extensión con motivo de su enfermedad fue la paciencia. Durante los dos años que estuvo enfermo y a pesar de las muchas ocasiones en que tuvo que renunciar a salir a jugar con sus amigos, Pablete no puso nunca una mala cara, no protestó ni se dejó vencer por el llanto ni siquiera en los momentos más difíciles, siendo que muchas veces éramos los mayores los que nos sorprendíamos por su resignación y espíritu de sacrificio. Hoy son muchos los que se sorprenden al conocer las dificultades por las que atravesaba el pequeño por aquella época, pues viéndole disfrutar con su familia o jugar con su inseparable Álvaro, con Jorge, Javi, Santi o con Mane, su hermano mayor, ídolo y compañero de toda clase de fatigas, ni siquiera llegaron a pensar que estaba enfermo.



Tras su muerte los padres decidieron luchar para que otros niños no sufrieran el infierno que había vivido su hijo, fue así como nació la APU y cómo surgió la figura del doctor José Román, que dirige un equipo de investigación molecular en el Hospital Reina Sofía de Córdoba enfocado al estudio de la Leucemia Linfoblástica Aguda Infantil, de la doctora Carmen de Torres, que desde el Hospital San Juan de Dios de Barcelona, investiga el sarcoma de Ewing, la enfermedad que se llevó a Pablete, y del Doctor José Luis Fuster, que en el Hospital Virgen de la Arrixaca conduce un proyecto de investigación, nacido de la capacidad financiera de la APU, enfocado a la interacción de la células NK (las buenas que tenemos todos) con las tumorales de la leucemia. Desde estos tres puntos geográficos y a través de la investigación de otros tantos proyectos científicos, la APU cierra el círculo sobre el perverso cáncer infantil que se llevó la vida de quien hoy hace posible detener su expansión, basta un mínimo de fantasía para trazar una línea imaginaria que una los tres hospitales que financian la sombra de Pablete –Córdoba, Murcia y Barcelona- para imaginar un dedo apuntando en la dirección del cielo.

Pablete falleció el 27 de noviembre de 2010 y apenas dos meses después, el 16 de enero de 2011, coincidiendo con el que hubiera sido su undécimo cumpleaños, nació la APU que

apoyándose en el ejemplo de Pablete veía la luz gracias a la determinación y el coraje de Dori y Mariano, sus padres, al cariño de Dori, Mané, Quique y Marta, sus hermanos, y al aliento de unos pocos socios y simpatizantes que con el tiempo han venido multiplicándose hasta el punto de que hoy es posible encontrarlos diseminados por todo el mundo. A punto de cumplir los dos años de vida la web de la asociación www.asociacionpablougarte.es su facebook y su twitter reciben miles de visitas con iniciativas, aportaciones y sobre todo con toneladas de cariño y apoyo, en realidad el verdadero viento que mueve con rumbo seguro la nave de tan solidaria idea que a modo de bandera arbola en su palo mayor la sonrisa de un niño.

Dicen sus padres que a fecha de hoy, algo más de dos años después de que Pablete subiera al cielo, todavía se sorprenden hablando con él, que lo ven en cada foto, en cada canción de las que acostumbraba a tararear, en cada objeto cotidiano de la casa. Camino de su trabajo, su padre escucha su risa al pasar en el tren frente a las cuatro torres de Madrid, donde se ve la luz de la capilla a la que le rezaban juntos cuando iban y volvían de cada sesión de quimio. Los que lo cuidaron en los hospitales por los que pasó dicen que aún se siente su presencia por los pasillos y sus amigos de siempre siguen contando con él a la hora de los juegos. La larga sombra de Pablete tiene la forma de esas hojas de olivo con su fruto y la almendra que constituyen el logo de la APU; en sus últimos días era el único alimento que aceptaba y hoy, como logo de la asociación, significa el foco que alumbra el camino de la esperanza de muchos niños enfermos.

Hoy es posible encontrar el logo de la asociación en cualquier parte. Es el legado de Pablete, una pequeña semilla que gracias a la savia de los miles de socios y admiradores de la asociación, al empuje incansable de Dori y Mariano y al esfuerzo diario de los equipos de investigación que financia la APU, se ha convertido en un árbol frondoso y sólido cuya sombra ilumina la sonrisa de miles de niños y alumbra la esperanza de unos padres desesperados por la cruel lotería de una enfermedad que encontró su némesis en otra sombra, la larga sombra de un niño de diez años.

Luis Mollá Ayuso